NUM. 7. Precio de la suscricion.—Madrid, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 12 DE FEBRERO DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

ia 4 de febrero, dia glorioso para el pueblo y el ejército español!

Tetuan es ya una ciudad española: la bandera nacional ondea desde el 6 sobre sus minaretes y su famosa alcazaba: las sierras inmediatas como el valle se encuentran libres de enemigos; las huestes marroquíes, destrozadas y dispersas, se refugian en lo mas inaccesible de los montes ó van á esparcir la fama del nombre español á los confines del desierto.

Cayó Tetuan en nuestro poder el 6, pero el hecho glorioso que la puso á merced del ejército se verificó el 4. Al amanecer el general O'Donnell, dejando con una fuerte division guarnecidos los reductos y aseguradas las comunicaciones con la playa, mandó levantar el campo al resto del ejército, y en buen órden se dirigió en busca del enemigo, que ocupaba posiciones bien escogidas para la defensa de la plaza. A la izquierda de Tetuan y como á una milla de distancia en las laderas y ondulaciones de la Sierra Bermeja, al abrigo de un castillo que á su vez se hallaba defendido por varios reductos, se veian las tiendas marroquíes, mas de ochocientas en número y capaces de contener veinte y cinco hombres cada una. En medio descollaban las de los dos hermanos del emperador Muley Abbas y Sidi-Hamet, jefes del ejército; á su alrededor las de los jeques mas graduados; en torno de estas las de las tropas regulares que habian llegado pocos dias antes con el segundo, y en las vertientes y reductos avanzados las de la infantería ligera y los mas diestros tiradores. La accion comenzó por las descargas de nuestra certera artillería, que abrió un vivo cañoneo sobre el campamento enemigo: los marroquíes, sin embargo, se mantuvieron firmes en su puesto, á pesar del fuego mortífero de los cañones, y adelantaron fuerzas considerables que salieron de los reductos á esperar á nuestros escuadrones. Por espacio de seis horas su obstinada defensa no desmayó un punto hasta que á las repetidas cargas de nuestros valientes siguió el empuje irresistible de batallones enteros lanzados á la bayoneta sobre su campo. En algunos instantes trabóse la lucha cuerpo á cuerpo cruzándose las bayonetas con las gumias; pero al fin de doce horas de combate el enemigo, destrozado, disperso, aniquilado tuvo que huir dejando en nuestro poder todo su campamento, todas sus tiendas, la mayor parte del bagaje y efectos, su artillería, sus banderas, y hasta la tienda misma de Sidi-Hamet.

Se ha querido decir que los marroquíes huyeron como cobardes, y el desprecio y la animosidad que inspira el enemigo ha hecho creer á muchos en esa vulgaridad que consiste en no concederle ninguna cualidad buena. No es cierto que la victoria del 4 fuese fácil, y esto aumenta la gloria de nuestras armas: no es cierto que los marroquíes se defendieran débilmente: al contrario, se defendieron con pertinacia, con teson, hasta con seguridad de la victoria, pues no tomaron ni siquiera las precauciones acostumbradas para la derrota; se defendieron hasta causarnos mas de ochocientas bajas, hasta morir muchos de ellos al pié de los reductos y trincheras que guarnecian, hasta quedar completamente aniquilados. Los que calificamos actos de temeridad salvaje y feroz en ellos, acaso en otros nos parecerian actos de heroismo: pero la accion del 4 no seria tan gloriosa como es, no añadiria la brillante página que añade á nuestra historia si el heroismo español, en vez de habérselas con un ejército de fieros leones, no hubiera tenido que combatir sino una manada de tímidas gacelas.

Una vez dueño el ejército de aquel campamento, ganado, puede decirse, palmo á palmo, la ciudad no podia oponer séria resistencia á nuestros valientes, y los hermanos del emperador no pensaron siquiera en defenderla. Ambos pasaron por ella sin detenerse llevándose las tropas regulares que la guarnecian, mientras los restos mutilados de su ejército se dispersaban en todas direcciones.

La consternacion de los habitantes de Tetuan, que habian presenciado el combate, llegó á su colmo al verse en poder de los beduinos y kabilas, gente dada al pillaje y á la matanza. Una diputacion de la ciudad se presentó al general O'Donnell para implorar su clemencia y aun su cooperacion á fin de reducir ó espulsar aquellos desenfrenados merodeadores; y el general O'Donnell, que al principio les habia concedido veinte y cuatro horas para disponer la entrega de la ciudad, tuvo antes de este término, para evitar el saqueo musulman, que hacerla ocupar por las tropas de la division Rios, que sin resistencia, antes bien con satisfaccion de los habitantes pacíficos y acomodados, se apoderaron de todos los fuertes. El 7 todo el ejército que acaudillaba el general O'Donnell entró en la ciudad, y los jefes se ocuparon desde luego en dictar las disposiciones necesarias para su conservacion y buen órden. En Tetuan habia mas de setenta cañones de todos calibres y gran cantidad de municiones. Ciudad de unas cuarenta mil almas, aunque algunos la dan setenta mil, con hermosa vega, deliciosas huertas y jardines alrededor, dos ó tres anchas plazas y algunos buenos edificios, ofrecerá á nuestro ejército un descanso merecido despues de tres meses de duras fatigas y de penosos esfuerzos.

Al saberse en Madrid el martes último la fausta nueva de la toma de Tetuan, la poblacion toda sin distincion de clases ni personas se sintió poseida de delirante entusiasmo. Los balcones de todas las casas aparecieron en un instante adornados de colgaduras y banderas: la gente recorria las calles en numerosos grupos dando vivas á España y al ejército: las casas de los generales Zabala, Prim y O'Donnell eran visitadas por individuos de todas condiciones que acudian á espresar su regocijo felicitando al primero y á las familias de los los últimos. Las autoridades, corporaciones oficiales y empleados acudian á palacio, á cuyos balcones se asomó la real familia. Las salvas y las músicas, las aclamaciones y los vivas atronaban los aires. Por la noche la iluminacion fue tan espontánea como universal: en los teatros y aun en los cafés se leyeron composiciones alusivas á las circunstancias. El miércoles se dispuso un gran *Te Deum* en Atocha al que asistió la familia real con todo el suntuoso aparato y ceremonia desplegados en las ocasiones solemnes. Una inmensa concurrencia poblaba las calles, recorridas por grupos con banderas en alguna de las cuales se leia esta inscripcion: *¡españoles á Tánger!* El jueves se dispuso en palacio un besamanos general que estuvo igualmente vistoso y concurrido.

En la *Gaceta* del miércoles se publicó un decreto nombrando al general O'Donnell grande de España de primera clase con el título de Duque de Tetuan. Hubiéramos deseado que se hubiese reservado la gracia para que el título del ducado fuese de Tánger. Haremos tambien una indicacion: si han comenzado los premios á los generales en jefe, es preciso premiar al general Bustillos,

comandante de las fuerzas navales, cuya actividad, cuyo celo, cuya solicitud por secundar y auxiliar las operaciones del ejército han sido y son superiores á todo elogio. La marina en estas circunstancias, sobre todo desde que el señor Bustillos se puso al frente de la escuadra de operaciones, ha merecido bien de la patria, y no es la que menos ha contribuido, arrostrando los temporales y los escollos, á asegurar los laureles en la frente de nuestros soldados, al mismo tiempo que los recogia por su parte.

Demostraciones análogas á las hechas en Madrid se han efectuado en las provincias al recibirse en ellas, comunicada en el mismo martes por el telégrafo, la noticia de la toma de Tetuan. De todas partes llegan al ejército y á sus dignos jefes las mas cordiales felicitaciones. Nunca se ha mostrado mas grande y magnánimo, mas generoso y digno, el noble pueblo español. Primero su voz poderosa se oye pidiendo la guerra al marroquí é impacientándose por la tardanza: despues con su espontaneidad y su entusiasmo rodea al soldado encargado de hacerla, de las mas delicadas atenciones, inflama su corazon, le comunica su ardor bélico, previene sus deseos, le procura con donativos de todas clases el alivio y la comodidad posibles en la guerra; crea hospitales y enfermerías, ó por mejor decir, convierte cada casa del litoral en una enfermería, y cada familia en familia cariñosa del soldado herido ó enfermo: acude con recursos para el socorro de las familias de los que sucumben; glorifica á estos, premia largamente á aquellos, ensalza el nombre de todos; no recuerda ningun hecho pasado, estiende á todos su generosidad sin límites y á la noticia de cada triunfo se estremece de entusiasmo y redobla sus atenciones y sus obsequios al ejército, hijo suyo, nacido de sus entrañas, alimentado con su sangre y que hoy se hace tan digno de sus cuidados.

Segun todas las apariencias las operaciones de la campaña continuarán ahora con mayor actividad. Hoy, sin embargo, nada podemos decir con certeza. Tampoco son estos momentos de hablar sino de lo que embarga de júbilo todos los corazones. Dejamos, pues, lo demás, para la revista inmediata.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TETUAN CRISTIANA.

—«E ruego, é mando á la princesa mi hija, é al príncipe su marido, que como católicos príncipes tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios, é de su santa fe, celando é procurando la guarda é detencion é ensalzamiento della, porque por ella somos obligados á poner las personas é vidas é lo que tuviéremos, cada que fuere menester; é que sean muy obedientes á los mandamientos de la Madre Santa Iglesia, é protectores é defensores della, como son obligados, E QUE NO CESEN DE LA CONQUISTA DE AFRICA, é de pañar por la fe contra los infieles.»

De esta manera la invicta reina Isabel la Católica, despues de haber terminado en las murallas de Granada la restauracion que comenzó Pelayo en Covadonga, previsora y grande hasta despues de su muerte, señalaba á los que habian de sucederla en el trono de su vastísimo reino, el glorioso camino que debian seguir para completar su gigante y cristiano pensamiento.

Y sin embargo, pasaron mas de tres siglos y apenas en ellos se hicieron algunas aisladas tentativas, que desprovistas ó de fortuna ó de grandes miras, dejaron siempre sin intentar siquiera la solemne voluntad de Isabel de Castilla. Parece que estaba reservada la gloria de llevar á cabo el testamento de la gran reina á la que segunda de su nombre ocupa hoy el trono de los Alfonsos y Recaredos.

El ansiado momento llegó al fin. Las aguas que bañan nuestras costas del Sur gunieron con la pesadumbre de los bajeles que trasportaban al continente africano un ejército entusiasta y valiente si no aguerrido, pero que suplia con su ardor y su intrepidez lo que de esperiencia guerrera podia faltarle.

España entera se agitó como un solo hombre. El grito lanzado por el trono y por el pueblo, despertando al ángel de nuestras glorias que dormia desde la guerra de Napoleon en el santuario de Covadonga, halló estrecho espacio por donde dilatarse desde las pirenáicas cumbres hasta las playas del Atlántico, desde las ásperas rocas donde quiebra sus olas el cantábrico mar, hasta las costas risueñas que bordan con su rizada espuma las mas tranquilas aguas del Mediterráneo.

¡¡¡Al Africa!!! gritó apenas hace tres meses la nacion Ibera; y al Africa se lanzaron sus guerreros, sedientos de combatir y de triunfar.

Humillante ultraje habian recibido sus armas, y los hijos del Cid que nunca olvidan

«Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser si bien me lembro
Con sangre del malhechor,» (1)

lanzáronse veloces á vindicar su ofensa, y á inaugurar con una serie de señalados triunfos la gran guerra española, la guerra de Africa, en la que las dos razas que durante ocho siglos combatieron siempre para fundirse en una sola, deben realizar este gran fin providencial que sin duda les está reservado en lo porvenir, por mas que los medios para conseguirlo sean los sangrientos combates; que las guerras á pesar de su triste destruccion son el medio que la enseñanza histórica siempre nos presenta puesto en práctica, para que triunfe la causa de la civilizacion sobre la barbarie.

¡Triste suerte de la humanidad caida, que ha menester conquistar al precio de su sangre la redencion de su ignorancia!

¡Al precio de otra sangre Divina consiguió redimirse de la eterna esclavitud...

—Alla fueron nuestros soldados: las bendiciones de sus hermanos les acompañaban.

Iban á lidiar por una causa justa.

Dios los bendijo.

Cada combate una victoria. Cada victoria un paso mas en su civilizadora conquista.

Cual si la Providencia tratase de probar su constancia y su resignacion, los elementos y las enfermedades lucharon tambien en contra suya.

El Azrael de las leyendas árabes parecia combatir contra ellos defendiendo á los sectarios del Islam.

Pero todo en vano. La bandera de la Cruz avanza, y abriéndose camino por inaccesibles rocas y pantanosos valles, del Serrallo á los Castillejos, de los Castillejos á las alturas de la Condesa, de ellas al Monte Negron, de sus cimas á Cabo Negro y de él hasta los fuertes de Tetuan, tras de veinte combates que ha ido contando por sus triunfos, llegó al frente de la ciudad, cuya conquista inaugurar debia la gran evolucion histórica que nuestro ejército está llamado á representar en Africa. Desde su campamento, teniendo á la derecha el promontorio de Cabo Negro, digno de su nombre, gigante de los libros de Caballería que guarda la entrada del valle de Tetuan; á la espalda el mar y las lejanas costas de Andalucía, envueltas en las marinas brisas; á la izquierda las montañas del Riff elevándose en anfiteatro hasta encontrar el Atlas, con su secular cabellera de nieve, veian nuestros soldados allá en el fondo, iluminada por los risueños tintes del sol de la esperanza, la anhelada ciudad con su nombre acaso de orígen fenicio (2), sus esbeltos minaretes, sus cuadradas mezquitas, sus blancas azoteas, sus estrechas y tortuosas calles, sus anchas plazas y su fuerte Alcazaba dominando y protegiendo como celosa de su belleza, á la risueña vega, verde tapiz por donde arroyos mil serpean cual blancas cintas de bullente plata.

Una victoria mas y gozareis de sus encantos. Un solo esfuerzo y la enseña del Profeta que ondea sobre sus torres se abatirá, rendida ante la enseña del Cristiano. Otra gota de sangre vertida en aras de la patria y de la fe, y el ángel del Señor que os precede purificará la ciudad islamita con la triunfante *cruz de la victoria* (3)...

Y la vertieron.—Y á la vista de los muros de la ciudad sitiada, tras de reñido combate, émulo de las *Navas de Tolosa*, huyen los ejércitos del emperador al mando de sus presuntuosos hermanos.

—¡Loado sea Dios! Los fuertes campeones ya pasaron el recinto de la ciudad: ya dentro de sus muros resuenan sus músicas marciales.

¡Triunfó la Cruz! Ya Tetuan cristiana no volverá á escuchar sobre el alto minarete la voz del muezzin llamando á los infieles á la oracion. Convertidas sus mezquitas en templos católicos, se elevará en sus aras al Dios de los cristianos himno entusiasta de profunda gratitud.

Huid mal afortunados guerreros del Profeta, sino quereis que el resplandor del lábaro cristiano ciegue vuestros ojos con el fuego de la vergüenza.

Esa ciudad con su gran estension de Norte á Sur, con sus vetustas murallas rojizas, guarnecidas de cuadrados ó cilíndricos torreones, y sus miles de habitantes, no volverá á resonar con el prolongado galope de la negra caballería de vuestro emperador.

Las aromadas brisas de sus orientales huertos y jardines, y el perfume del azahar de sus naranjos y limoneros, no han de llegar hasta vosotros sino humedecidos con las lágrimas del recuerdo.

Ya no sestareis á la sombra de sus granados y moreras repitiendo en monótonos cantares trovas de lánguido amor.

Vuestros ganados no pastarán en los frondosos valles que la ciudad domina por Poniente, ni *correreis la pólvora* en vuestras yeguas ligeras como las gacelas del desierto por la vistosa llanura que se estiende al Oriente.

¡Huid, huid, hijos del Atlas! Y pues que el fatalismo forma la base de vuestra creencia, no pretendais oponeros á los providenciales destinos del Omnipotente.

Estaba escrito que tras de una lucha de siete siglos dejáseis vuestro último refugio, la mágica Granada, para volver á las playas africanas, donde en mal hora despertó la traicion vuestra sed de conquistas. Tambien está escrito que la fe civilizadora triunfe de las estacionarias y falsas creencias; que otra cosa seria pretender que parase en su marcha siempre progresiva el civilizador impulso que un Hombre Divino dió por ventura á la decaida humanidad.

Escrito está, que desde las cercanas alturas de ese pueblo morisco le veais como Boabdil á su Granada con lágrimas en los ojos, postrado á los piés del vencedor y que alzándole generoso le ofrece en cambio la savia vivificadora de la cultura á que abren paso en su violenta marcha los ejércitos triunfadores...

—Los que una vez vieron la ciudad á cuyo pié serpentea el rio Martin, hallaron semejanza entre ella y mi Granada.

En Granada terminó el primer canto del español poema que elevaron por siete siglos con la voz de sus triunfos nuestros ejércitos.

En Tetuan empiezan las gigantes notas al segundo, que Dios solo sabe dónde deberá terminarse.

Pero entre tanto llega ese gran dia: ese dia que plegue á Dios presencie al menos la generacion que nace y nos empuja á la insondable sima del pasado,

«Cantemos al Señor que en la llanura
Venció al ancho mar al Trace fiero» (4)

bendigamos á la Providencia que ha elegido para realizar sus secretos designios á los nobles hijos de nuestra patria.

¡Gloria á los esforzados campeones que pudieron ceñir á sus sienes el laurel de la victoria!

¡Gloria tambien á los nombres de los que sucumbieron en la lucha santa! ¡Dios bendiga sus gloriosos esfuerzos, y acójales benigno en el cielo de los mártires, derramando en el corazon de los que les lloran, el bálsamo del consuelo!...

—Ya los estranjeros que miren desde el alto peñon de Gibraltar al lado por donde el sol se pone, tropezarán por donde quiera banderas españolas tremolando junto á los muros. San Roque, primero, de fundacion reciente, recordando siempre la vergonzosa pérdida de Gibraltar; Algeciras despues, la antigua colonia romana, con árabe nombre: doblando la península de Tarifa, verdadera punta de Europa, la ciudad de este nombre, con su castillo de los Guzmanes, perenne testimonio de la lealtad española; y en frente, mas allá del Estrecho, Ceuta, al pié del monte Abila, con su nombre de orígen romano, su hermosa llanura y sus formidables fortificaciones; y para enlazarla con el Peñon de Velez ó de la Gomera, Alhucemas en la embocadura del Nekor, y por último, con Melilla en el cabo de las Tres Forcas, Tetuan no ya muslímica, sino cristiana y española.

Tolavía, sin embargo, al otro estremo del Estrecho, en el cabo Tarf-es-seiaccar ó Espartel, ondea la media luna del Profeta en la ciudad de Tanger...

Fuertes son sus murallas: apercibidos se hallan sus moradores para la defensa...

Nuestro ejército está en Africa, y *tanto monta*, ha sido siempre el justificado lema de sus armas.

Madrid 7 de febrero de 1860.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) Romances del Cid.

(2) Nos lo hace sospechar así la raiz *tet*, ó *tit* de su nombre.

(3) Este nombre dan en Asturias á la cruz de roble que levantó Pelayo, y la cual hoy, cubierta con ricas chapas de plata y pedrería con que la enriqueció Alfonso el Magno, se conserva en la cámara santa de la catedral de Oviedo.

(4) Del divino Herrera.

Á AFRICA:

POR LA TOMA DE TETUAN.

Africa impura, acorralada fiera:
¿Dónde está tu valor que no le halla,
Al desplegar valiente su bandera,
El pueblo que llamaste á la batalla?
¿Por qué tu torpe lengua que altanera
A mi patria injurió, cobarde calla,
Y de la España á los robustos lazos
Rendida tiendes los cansados brazos?

—

¿En dónde está tu Dios? ¿Tu honor en dónde?
¿Dónde tu rey que infame se abaldona?
Acaso impuro en el haren se esconde,
Al amor humillando su corona:
Ni tu Dios falso á tu dolor responde,
Ni tu mísero rey por ti abandona
La vil esclava que le adueme impura
Con la magia fatal de su hermosura.

—

Perdió Rodrigo de la infausta Kaba
Por el maldito amor corona y vida,
Y el godo que en el ocio se enervaba,
La patria en Guad-al-Lette vió perdida:

Hoy ve Guad-el-Jelú llorar esclava
A la hermosa Tetuan, no defendida,
Y zumba un eco triste é infinito:
—No hay otro Dios que Dios! Estaba escrito!—

—

En vano vuelves los dolientes ojos
De tu ciudad perdida á la hermosura:
Busca el buitre los míseros despojos
Que sangrientos le ofrece la llanura:
En tu sangre empapados flotan rojos
Los pendones de España en el altura,
Y de victoria el poderoso acento
El cañon español arroja al viento.

—

¡Miserable de tí! ¿por qué la mano
Tendiste audaz en jactancioso alarde
Al altivo blason del castellano
Que nunca al deshonor cedió cobarde?
De tu delirio, de tu orgullo insano,
Africa, vuelves por tu mal muy tarde,
Porque los nietos de la gente goda
Necesitan beber tu sangre toda.

—

Al cerrar del hispano las legiones
La fuga solo, por defensa hallas:
Callaron harto tiempo sus cañones,
Y tienen hambre de arrasar murallas:
Cual tus hordas vencieron sus pendones
Fieros las vencerán en cien batallas,
E irán las cruces del Señor benditas,
A coronar tus bárbaras mezquitas.

—

Odio á tu raza dieron por herencia
A sus valientes hijos los hispanos:
Siete siglos de horror son la sentencia
De los bárbaros pueblos africanos:
En valde empuñan con fatal demencia
Tus hijos hierro en las cobardes manos,
Que sombras son, que arrolla en la campaña,
El noble aliento de la brava España.

8 de febrero de 1860.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TETUAN POR ESPAÑA.

Soy el cantor de la guerra
y en mis romances el alma
no busca lauros, que busca
el santo amor de la patria.
No es mi voz la voz del genio
que atrevida se levanta,
ni es el triunfo del artista
el norte de mi esperanza.
Mas, aunque humilde mi nombre,
mi propio acento me basta,
que honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.

(Introduccion al romancero de la guerra, por el autor.)

I.

EL GENIO DE LA GUERRA.

¡Despierta, cantor, despierta!

POETA.

¿Qué buscas, genio?
—Tu voz.
Si cantas glorias de España,
¿Por qué duermes, trovador?
Si en los rayos de la luna
Vengo á mostrártelas yo,
Para anunciarlas al mundo
No aguardes la luz del sol.
Ya la calma de la noche
Turba lejano rumor...
Y es que en alas de la brisa
A vuestras playas llegó
Buscando el eco en la patria
El grito del vencedor
Que alzó en la plaza del moro
El estandarte español
Porque á Dios lleva consigo...
—*¡Bendito el nombre de Dios!*

II.

—Despierta, cantor del alma,
Llene el espacio tu voz,
Y responde á tus hermanos
Con himnos de bendicion:
Yo con los ecos mas dulces
Daré aliento á su valor,
Porque el genio de la guerra
Siempre á los héroes llevó
Los lauros de la victoria
Con besos del patrio amor.
Canta las glorias que España
En cien lides alcanzó,
Para que asombren al mundo
Antes de que brille el sol.
A guiar á tus hermanos
Vuelo al campo del honor,
Que Dios protege á sus armas...
—*¡Bendito el nombre de Dios!*

III.

—Patria, mi patria querida!
Si el genio me despertó,
¿Por qué no trajo en sus alas
La luz de la inspiracion?
Mas para ensalzar tu nombre
No bastan palabras, no,
Que no hay humano lenguaje
Que traduzca el corazon
En estas horas supremas
En que le llena tu amor.
Solo interpretan las lágrimas
Esa profunda emocion
Que da vida al entusiasmo
Del noble pueblo español,
Puro manantial de goces
Que de las manos brotó
Del Dios de nuestros ejércitos...
¡Bendito el nombre de Dios!

IV.

Ya llena alegre los aires
De cien campanas el son,
Que de las brisas marinas
El apacible rumor
A la villa coronada
Con la gran nueva llegó.
Hermosa brilla la luna
Y á su claro resplandor,
Mujeres, ancianos, niños
Y mozos en confusion,
Por las calles y las plazas
Gritando van á una voz
Entre lágrimas y risas
Mientras retumba el cañon,
«¡Vivan la Reina y la patria!»
Y antes de lucir el sol
Nuestra gloria asombra al mundo...
¡Bendito el nombre de Dios!

Febrero, 7, 1860.

EDUARDO BUSTILLO.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

II.

Hemos dicho que la arquitectura es el gran libro de la humanidad, para valernos de una espresion gráfica que formulara su influencia en las ciencias y las artes; hemos colocado tambien al hombre en su primitivo estado y solo la idea innata de su propia conservacion pudo moverle á buscar un asilo donde guarecerse.

Tenemos, pues, la arquitectura y el hombre en su mismo estado primitivo; pero tenemos una idea, y como tal indestructible; porque no puede dudarse que todo lo material, todo lo cimentado por la mano del hombre es perecedero; hasta los mas poderosos imperios se desploman y caen, ó por la presion misma del círculo de hierro que los sostiene, ó por el desbordado torrente de las pasiones, ó por el huracan de la barbarie; pero las obras de la inteligencia, que emana de Dios, resisten al rudo embate de los siglos y de los hombres, por mas que solo se conserven ruinas de sus venerandos restos. La idea queda siempre; una vez arrojada al mundo germina, vive latente en el aire, como los átomos, para ser absorbida de nuevo y reproducida despues con mas vigor, con mayor fuerza que nunca. Y así sucedió con los monumentos arquitectónicos.

La primera piedra levantada por los celtas para formar su *menhir*, levantada al mismo tiempo por todas las razas y en toda la superficie del globo, en el Asia como en América, para el túmulo ó para el *galgal*, cada piedra de estas era una letra del gran alfabeto universal; era un monumento arquitectónico que representaba un geroglífico; era una frase, un concepto, una idea, que no podia el hombre manifestar de otro modo, que no tenia otros medios de espresion que el de los objetos que le rodeaban; que no sabia otro idioma, ni podia aprender de otro maestro que de la naturaleza, de la materia misma de que fue formado, creada por Dios, por el arquitecto universal, por el primitivo arquitecto.

La arquitectura enseñaba entonces lo que necesita aprender el hombre en su primera edad, y por eso nace de ella su influencia en la civilizacion: entonces nos enseñaba letras; mas tarde escribió frases; despues imprimió ideas.

Entonces no habia mostrado Elora aun su Kelaza, ni se habian practicado las subterráneas escavaciones, ni el seno del Himalaya se habia abierto, segun la mitología India, para ostentar la celeste mansion del templo de Siva, que la imaginacion contemplaba arrobada, como de inspiracion divina. Muy lejos de eso: habíase comenzado solo el alfabeto de granito; no se habia concluido aun: los hombres no hablaban, deletreaban solo; ni las piedras, ni los mármoles habian sido cortados todavía; ni siquiera un nombre simbolizaban; no habian recibido proporciones, ni formas del arte, del genio, de la poesía: recibiéronlas despues; colocóse piedra sobre piedra; escribiéronse sílabas, y amontonadas en el funerario recinto, ó santuario druídico del Karnac, quedó confeccionado un grupo de frases, que á pesar de todas las investigaciones no han podido traducirse, no han podido descifrarse, pero que permanecen indudablemente allí como los últimos destellos del naciente arte.

El Asia y Egipto formaron seguramente las primeras letras, nos dieron las primeras fórmulas; pues no otra cosa eran las célebres ciudades de la Caldea, Asiria, Persia, Mesopotamia, Pentápolis, Fenicia y la Arabia feliz. El arte era entonces la imitacion. La arquitectura era arte material: faltábale la idea y el espíritu, la escultura y la pintura, que formaron la primitiva educacion de la inteligencia; que emanciparon el espíritu de su estrecha cárcel para abrirse ancho paso en sus libres manifestaciones; que nos hicieron sentir las primeras emanaciones del alma reducidas á formas, panteistas primero, paganas despues, y por último cristianas.—Oriente, Grecia y Roma:—ahí teneis simbolizado el progreso físico, moral é intelectual de los tiempos antiguos.

No podemos, pues, arrepentirnos de haber sentado, que la arquitectura ha sido, durante muchos años al menos, el gran libro de la humanidad: libro precioso, en el que estudiaron todos los sabios, en el que aprendieron las naciones las primeras letras, en el que hallaron los hombres las primeras palabras; libro inapreciable, que ha prestado á historiadores y arqueólogos las mas antiguas tradiciones, que ha suministrado al mundo hasta las primitivas ideas religiosas que precedieron á todo género de civilizacion. ¡Hablen sino los primeros sacrificios, las primeras ofrendas, que segun el mismo Génesis, dejaron en las alturas tan sublimes recuerdos!

El ilustrado Milizia llama á la arquitectura, «reina y directora de todas las ciencias.»

El inimitable y fecundo Victor Hugo, «gigante de mil cabezas y mil brazos.»

Y nosotros, «esplendente é inestinguible lumbrera del mundo artístico.»

Abramos la historia: saludemos, antes de ojearla, aquellos informes monumentos, centros generatrices de las artes y las ciencias: leamos, al pasar ligeramente nuestra vista, sus páginas de pórfido, y hallaremos primero masas estraordinarias y enormes, desproporcionadas columnas despues, pirámides gigantescas y asombrosos monolitos, áridos y prosáicos, pesados y vulgares, que súbitamente se convierten en esbeltos y armónicos con las primeras melodías de Moisés y Homero: admiremos á Beseleel y Oliab construyendo el riquísimo y grandioso Tabernáculo: sigamos al sabio Salomon en su viaje á Tiro en busca del famoso Hiram, que ha de producir la primera maravilla del arte, y habremos percibido las primeras ráfagas de luz que sobre la armonía de las formas derramó la arquitectura.

No son menos dignos de mérito los progresos del arte indio en Elora: con decir que en la bóveda del Visuakarmá, abandonada la sencillez de las rectas, empieza á despuntar la aurora de ojiva, habrán perdido los romanos parte de su originalidad en la invencion que se atribuyen de los arcos y las bovedas venciendo las ingeniosas dificultades de la curva.

¡Detengámonos aquí un momento: rindamos un justo tributo de veneracion á la infancia del arte, cuya inspiracion debió ser engendrada por las arqueadas formas de sus sagrados plátanos, cuya majestuosidad imponente nació sin duda del grandioso espectáculo de aquella naturaleza vírgen y deliciosa que les rodeaba! ¡Admiremos tambien aquella construccion simbólica de los templos búdhicos, el *dahgopa*, el simbolismo, que es el espíritu dormido en su primera cuna!

Ahí teneis los primeros monumentos de aquella civilizacion, los primeros destellos del arte, los hombres fielmente retratados en los monumentos. Es la idea imperecedera del progreso, encarnada por Dios en el corazon humano; es la idea de la perfectibilidad, que anunciaba el cristianismo con sus rutilantes fulgores.

Por eso no pueden comprenderse aquellos fabulosos templos del alto Egipto, á la orilla izquierda del Nilo, el dificilísimo trasporte de aquellas masas de pórfido, de aquellos informes monolitos para la eraccion de sus obeliscos, careciendo, como carecian, de las mas simples nociones mecánicas. ¿Y qué diremos de tan estraordinarias y maravillosas fábricas de mampostería por do quier diseminadas, como allí se cuentan?

En Edfou, el primitivo Hatfouh de los egipcios, la Apolinópolis Magna despues, y por último el Aroeris, llamado el Apolo de la mitología griega y romana, segun

EL GENERAL GARCIA, JEFE DE ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

los admirables descubrimientos de Champollion el jóven, con sus enormes pilones, sus esculturas gigantescas talladas en los mismos muros, sus dos hileras de divinidades de la fachada esterior, recibiendo las ofrendas de Sotero II y su hermano Alejandro. El Speos de Athor en Ebsambul ó Ipsamboul, que recuerda con sus corpulentas figuras de la parte esterior las famosas obras de la Tebaida, monumento el mas interesante del pais de los Kenos, en la Nubia inferior: en él brilla ya la grandeza arquitectónica, como si dijéramos del arte, que comenzaba á desarrollarse con las riquezas de la escultura y la pintura, hermanas inseparables entonces de la arquitectura. El Nakschi-Roustam de los fabulosos tiempos de la Persia y otros.

Es decir, que así como los primitivos escitas, que partieron de las lejanas regiones entre el Euxino y el mar Caspio, atravesaron de progreso en progreso, de letra en letra, una parte del Epiro para levantar cómodas construcciones en los campos de Dódona, y que estas construcciones de madera pura, de centenarias encinas, fueron trasformadas mas tarde por ellos mismos, al ocupar los paises meridionales de la Grecia, en suntuosos monumentos de mármol y piedra; del mismo modo el peulvan cáltico, los dólmenes, semi-dólmenes y trilitos, los pasadizos cubiertos, las *piedras vacilantes* y los túmulos, fuóronse convirtiendo por la poderosa mano del tiempo en fabulosas ciudades y monumentos informes, que esparcieron por el mundo los primeros albores del genio y del arte.

Del mismo modo tambien, los troncos de los árboles, empleados en un principio para guarecerse los hombres de la intemperie, fueron reemplazados por las columnas, el ramaje y las pieles del errante caribe y el tártaro pastor por los arquitraves. Los preciosos y esbeltos cedros del Líbano sirvieron á los fenicios para levantar edificios soberbios, y cuando los primeros escultores sometieron la arcilla á formas variadas, la arquitectura fue perdiendo su primitiva rudeza. De alfabeto, que era, convirtióse en geroglífico; de geroglífico en símbolo, de símbolo en palabras, de palabras en libro.

Aquí tocamos ya los primeros tiempos de la Grecia, y á medida que vayamos recorriéndolos, iremos avanzando en el progreso de las artes y de la civilizacion, vivamente reflejada en sus monumentos. Los griegos, á pesar de Herodoto y otros historiadores, si no inventaron, perfeccionaron al menos y elevaron la arquitectura al mas alto grado de belleza con sus tres órdenes, Dórico, Jónico y Corintio. Las famosas Pirámides, el lago de Mæris, el Laberinto, la opulencia de los persas, todo vino á eclipsarse con nuestros griegos, segun Le-Roi, Jones, Sonart, Biscari, Barthelemy y otros sabios que examinaron y describieron artísticamente sus obras.

No es, por lo tanto, posible, que al hablar de la poética Grecia, podamos detenernos hoy á enumerar, ni una siquiera de paso, sus maravillas y progreso, cuando tan importante es á nuestro objeto.

Si en vez de ligero artículo escribiéramos un libro, cantaríamos con el celebérrimo Rioja las *cunas* de *marfil* y de *oro* que *rodaron* por aquellos históricos campos, *que el mundo admira y la posteridad venera.*

MANUEL NIEVES DE LA VEGA.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

I.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.—Alabanza á Dios, soberano de los mundos.—La misericordia es solo de Dios.

A tí, Abdallah-ben-Solul, hermano mio, te escribo desde tierra de cristianos.—Salud en Allah.

Así como los que son constantes en esperar en Dios en las adversidades, los que dan al pobre parte de sus bienes y los que borran sus culpas con buenas obras serán recibidos en el paraíso, con igual verdad te aseguro que puse mi confianza en Allah y salí salvo por su misericordia inmensa del rayo de la guerra que asola nuestros campos—Mientras Allah no perdone nuestras faltas, no nos colmará de gracias ni nos conducirá por el sendero de la justicia.—Entonces aparecerá la verdad y, como dice el Profeta, la calumnia se disipará como el humo.

Tambien entre los cristianos, como entre nosotros, hay buenos creyentes de su religion, temerosos de Dios y que acatan sus altos designios.—Por esto sin duda, despues de la batalla en que perdimos la bandera de nuestra kabila, permanecí escondido entre matorrales, y no tuve otra salvacion que la misericordia del Señor.

Mis mismos enemigos me han recogido y curado las heridas con verdadero amor fraternal.—Al fin las criaturas todas ¿no respiran el aire que envuelve la tierra, no se alimentan de lo que esta produce y no levantan á Dios sus ojos en busca de consuelo en sus amarguras?—

(1) Estas interesantísimas cartas escritas *al parecer* por un árabe un poco mas ilustrado que la generalidad de los bárbaros habitantes de Africa, á quien los azares de la guerra, segun dice, le ofrecerá ocasion de estudiar y comparar las costumbres y la civilizacion de los españoles, podrán ofrecer, como esperamos, alta novedad, no solo por los juicios que bajo el punto de vista marroqui deberán hacerse en ellas, sino por ser tambien un cuadro de las costumbres y de las fantásticas creencias mahometanas. Las tres primeras cartas que podemos publicar de este viajero escritor, sea *o no árabe*, que su procedencia local poco debe importar á nuestros lectores, son por de pronto una curiosa y elegante muestra de literatura oriental.

(Nota de la redaccion).

VOLUNTARIOS DE LOS TERCIOS VASCONGADOS.

VISTA PANORÁMICA DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR.

Pues el Padre Celestial de todos premia las buenas acciones y penetra los corazones.

No se cuando mi hajara (salida) de tierra de cristianos tendrá lugar.—Allah-achar. La-ilá-ellá-Allah.

En la peregrinacion aprenderé.—La limosna que se haga y el voto que se forme serán conocidos del cielo.—Me propongo, con el auxilio de Dios, darte á conocer las costumbres de los cristianos.

Mis conocimientos serán aumentados en el destierro.

Mi rostro será vuelto siempre hácia el templo Haram.

El Oriente y el Occidente pertenecen al Señor.—Nadie puede impedir el cumplimiento de sus decretos.

Salud en Allah.

II.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.

La palabra de Dios se cumple siempre con verdad y con justicia.

Nadie puede cambiar sus decretos.

Hermano mio ¿no pertenecen á Dios los mejores nombres? Pues ten para tu alegría y la de mi padre anciano que gozo de perfecta salud en tierra de cristianos.

¡Oh Abdallah-ben-Solul! si el huracan de las espadas llevase á tus tiendas algun cristiano herido ó moribundo, amoroso cariñoso debes ofrecerle.—La justicia no consiste, como creian los antiguos mahometanos, en entrar en las casas por la puerta falsa sino en temer á Dios. Entrad en vuestras casas por la puerta, y temed á Dios á fin de que seais dichosos (2).

El trato que recibo de los cristianos no podria recibirle mejor de mis mismos hermanos.—Su mansedumbre y generosidad para conmigo no tienen igual: he aquí porque pronto me hallaré en estado de comprender sus costumbres y escribirte acerca de su historia antigua, de sus hombres de letras y de todo lo que llame mi atencion, *mientras esté imposibilitado de volver á mi país* protegido con las liberalidades del Señor.

Acuérdate del que está lejos de sus hogares.

Salud en el Señor.

III.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.—Todos los bienes nos llegan por mano de Allah.—No hay mas que un Dios viviente y eterno.—El es el rey del dia del juicio.

Hermano mio, recibe la fatahat (introduccion) acerca de las costumbres de los cristianos.—Todos han sido criados del barro de la tierra, y segun su religion alaban al Eterno, porque Dios es el que ha criado el cielo y la tierra, ha formado la luz y las tinieblas, señala el término de la vida humana y castiga las acciones de los impíos.—Hermano mio, muchos cristianos son piadosos, y cumplen con las órdenes del Señor.—Ayudan al menesteroso y amparan al herido.

Muchos reunen sus haberes y establecen casas de asilo en donde los desvalidos son alimentados y los ancianos *sostenidos libres de todo cuidado.*

Este comportamiento debe ser grato á los ojos de Dios, porque las recompensas serán proporcionadas á los méritos.

El Todo-poderoso es rico y misericordioso.—El gobierna á sus servidores.—La sabiduría y la ciencia son sus atributos.

¿Me quejaré, pues, de hallarme en tierra estraña?

¿Qué habria de mas impío en mis labios que acusar á Allah de la suerte que me ha deparado?

Los españoles forman una nacion grande y poderosa, y todo pueblo que reune estas circunstancias sabe tener *consideraciones para con los vencidos.—Bien puedes,* ¡oh hermano mio! comunicar á nuestros parientes y amigos las buenas dotes que adornan á sus vencedores. El Señor no hace jamás prosperar á los perversos.

Comenzaré pronto, con el auxilio de Dios, á recorrer esta nacion hospitalaria, y te comunicaré lo mas digno de memoria.—Sus playas son hermosas, y sus puertos capaces.—Al desembarcar en Aljeciras se reunieron á mi alrededor muchas gentes.—¿Qué importa la diferencia del traje?—El corazon es el que hace al hombre.

Acordémonos de los favores que Allah nos dispensa, dice el Profeta.—No está prohibido buscar los bienes de Dios.—Me alegré, *pues, al pisar la tierra de mis abuelos* e hice voto de dejarme crecer el cabello como si emprendiese la peregrinacion de la Meca.

¿Qué cosa mas agradable para un peregrino que recordar los lugares en donde corrió la infancia de sus projenitores?

Yo no tendré como Mahomed, cuando recorrió los ardientes desiertos de la Arabia, un ángel que estienda sus alas sobre mi cabeza, ni el árbol seco á cuyo pié me asiente *no reverdecerá ni se cubrirá de hojas y flores* como el de Bosra (3).

Pero alabanzas sean dadas á aquel que estableció la amistad entre los hombres.—Al hijo del desierto no le faltará algun amigo.—Abubecr fue el primer musulman celoso que encontró Mahomet Elnabi y enviado de Allah.—¿Cuál será mi suerte?

¡Oh Dios! rey supremo: tú darás y arrebatarás á tu alvedrío las diademas.—Tú elevarás y humillarás á los hombres segun tu libre albedrío.—El bien está en tus manos.—Tú eres el Todopoderoso.

Tú cambias la noche en dia y el dia en noche.—Tú *haces salir la vida del seno de la muerte*, y la muerte del seno de la vida.—Tú derramas tus tesoros inagotables sobre los que mejor te place.—Ampara, pues, al peregrino.

(Se continuarán.)

(2) Difícil es á veces poder comprender el sentido simbólico de algunas clausulas escritas por los orientales. Aquí, recordando á cada momento sentencias y máximas alcoranic s, parece darse á entender que en ninguna raza ni bajo ninguna religion sienta bien la crueldad, y que á todo enemigo herido ó indefenso debe protegersele, no llevando otra mira que la de hacer un bien y una obra agradable á los ojos de Dios. Buena prueba de este hidalgo comportamiento han dado al mundo los españoles, recogiendo y curando á los moros heridos hechos prisioneros.

(Nota de la redaccion.)

(3) Fábulas alcoránicas á que los musulmanes dan completo asentimiento. Por estas y otras citas conocidas solo de los musulmanes, *por el lenguaje sentencioso y metafórico de estas cartas, por las continuas* referencias á versículos del Coran y otros libros mahometanos, puede deducirse que su autor se eleva sobre el vulgo de los orientales y conoce á fondo la civilizacion africana.

(Nota de la redaccion).

SONETO.

Ya te abandono, Amor: nunca contento
me dió puro tu falsa compañía,
que halla en sus horas quien de tí se fia
por una de placer, de dolor ciento.

Ya podré contemplar en grato asiento
el cuadro hermoso que descubre el dia,
y al ocultarlo la tiniebla fria
el sueño abrazaré de pena exento.

¡Pero lloras, Amor! ¿cuánto te ama
sabes mi corazon, y con mentira
á tu amistad me vuelves de que huyo?

Pues vuela, de Teresa el pecho inflama
en la dulce pasion que ella me inspira,
y mas que nunca volveré á ser tuyo.

Z. A.

LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL

DE SANTIAGO.

I.

El 25 de julio de 1487, las campanas de la catedral de Santiago ensordecian á la ciudad con sus continuos y atronadores sonidos.

Era uno de los mejores dias de verano. El sol brillaba en todo su esplendor desde un cielo azul. El calor se hacia insoportable.

Un gentío inmenso inundaba desde el amanecer la Quintana de los Muertos, la Azabachería y la Plaza del Hospital.—*Todas sus avenidas no bastaban á dar paso á* la muchedumbre que se agolpaba presurosa hácia las puertas de la Santa Iglesia del Zebedeo.

Los ojos del pueblo se dirigian con asombro á la gigante torre de las campanas, de cuyas bóvedas partian sus mil distintas vibraciones; profundas y sonoras, agudas y penetrantes.—Sus ecos, esparcidos por la distancia y mezclados en el espacio, herian los oidos de la multitud absorta, como un violento armónico.

Era la primera vez que sonaban aquellas campanas que la cristiandad de un monarca estranjero ofrecia al Santo Apóstol para la mayor ostentacion de su sagrado *templo.*

Un crecido número de operarios habia venido á Compostela con los materiales necesarios para la fundicion.

Entonces fue cuando se demolió la antigua torre de la catedral, porque su fábrica no era bastante sólida para sostener el peso de aquellas enormes masas de bronce: y en el mismo sitio fue construida la que aun hoy se levanta esbelta y graciosa sobre la ciudad eterna de Galicia.

El pueblo, admirando su portentosa altura, escuchaba aturdido el incesante repique de sus campanas.

—Daría el mejor cordero de mi rebaño por estar mirando *desde lo mas alto de esa torre!* esclamaba un campesino de aquellas cercanías.

—¡Ya lo creo! respondia una voz en el mismo grupo. Muchas tierras deben verse desde aquel balcon de piedra!

—Seguro es, observaba otro labriego, que el sonido de estas campanas ha de oirse en el último lugar de nuestra parroquia.

—Y tambien dos leguas mas allá, añadia un cuarto interlocutor. Ya las oiremos bien cuando el maldito vendabal levante aquellos remolinos de polvo en nuestras eras.

Este y otros *parecidos diálogos formaban el asunto de* todas las conversaciones entre la multitud que rodeaba el templo del Apóstol Santiago.

Pero no era esta novedad la única fiesta que tanta gente atraia á las plazas y calles contiguas á la catedral.

Aquel dia era, como llevamos dicho, el 25 de julio de 1487.—La iglesia de Santiago celebraba las suntuosas funciones á que concurrian en numerosa peregrinacion los mas distinguidos romeros del orbe católico.

La antigua Compostela presentaba por aquellos tiempos un aspecto mas grandioso que el moderno Santiago.

Es verdad que sus calles eran tortuosas y sus casas de *miserable apariencia; que el genio de Novoa y de Mon*tenegro aun no habia enriquecido á la catedral con nuevas fachadas, pues conservaban intacto su primitivo órden bizantino: que la torre del reloj debia alzarse tres siglos despues: que Machada no habia trazado el frontispicio de la Universidad, y que algunos edificios debian mejorarse ó construirse posteriormente; pero en cambio, su animacion era mayor, y mas grande su importancia.—Las romerías de los pontífices y de los monarcas, desaparecieron con sus peregrinos y sus pantomimas, con sus juegos de cañas y sus corridas de toros en el campo de la Estrella.

La concurrencia era aquel año verdaderamente notable.—Entre la apiñada multitud se distinguian con profusion los anchos sombreros y las calabazas pendientes del bordon del peregrino.

Muchos curiosos, preocupados con los siniestros rumores que circulaban entre el vulgo sobre aquellas peregrinaciones, observaban con gran atencion las fisonomías adustas, risueñas ó melancólicas de ciertos romeros.

Quién suponia un brillante traje de caballero, bajo el tosco ropon que perfilaba un cuerpo de airoso continente.

Quién sorprendia una idea de venganza en la iracunda mirada de un viejo peregrino.

Este adivinaba una vida de dolor, al ver la pálida frente de un mancebo.

Aquel traslucia las escamas de acerada malla entre los pliegues de una esclavina bordada de conchas.

Y no faltaba tampoco quien sospechase un semblante de mujer en algun rostro afeminado y mal encubierto por las pestizas barbas que lo desfiguraban.

Y á la verdad, no carecian de algun fundamento aquellas misteriosas conjeturas.—Muchas veces el sayal del peregrino escondia entre sus pliegues incógnitos aventureros, *cuyas historias llegaron hasta hoy*, embellecidas con la sencilla narracion de nuestros romances populares.

Las conversaciones se sucedian, y los comentarios se multiplicaban.

El confuso rumor de mil voces, el chirrido de las chirimías, la música de las danzas, el estruendo de los fuegos artificiales y la estridente algaravía de cien esquilones, formaban un conjunto atronador que desvanecia la razon como un vértigo irresistible.

La multitud comprimida, se agitaba y se revolvia estrechándose continuamente.

Entre todos, se distinguia un peregrino de graciosa, al par que severa fisonomía.—Sus ojos azules, el rubio color de sus luengas barbas y la gravedad de sus ademanes, indicaban en él un estranjero de noble raza y elevada alcurnia.

Detrás de este personaje, marchaban hasta veinte romeros en actitud respetuosa.

Por fin, cesó el repique general de campanas.—Y la muchedumbre se dirigió silenciosa al templo donde el arzobispo don Alonso III de Fonseca iba á celebrar de pontifical con aquella solemnidad que imprimia á todos sus actos.

Penetremos en el interior de la catedral.

Sorprendente es el golpe de vista que presentan sus naves iluminadas por los destellos de profusas luces.

La esplendente claridad de mil bugías quiebra sus rayos en el oro de los altares, y reverberando en las facetas de su pedrería, proyecta vivos resplandores sobre las sombras de sus columnas.

El ambiente está perfumado hasta hacer fatigosa la respiracion entre las espirales de humo que se desprenden del célebre incensario en su majestuoso columpio.

Las graves armonías del órgano inspiran la devocion y el recogimiento, al modularse en las sonoras trompas.

Y las *oraciones que pronuncian todos los labios* forman un murmullo respetuoso y solemne.

En el coro ocupaban sus asientos el justicia mayor de Galicia y los demás jueces oidores, acompañados de los voceros y notarios.—El resto de la iglesia estaba invadido por una concurrencia numerosísima.

El redoble del concejo habia sonado ya, y la procesion recorria las espaciosas naves.

Muy próximo al altar mayor se veia arrodillado al romero de las barbas rubias que ya conocen nuestros lectores.

Como era regular, llamaba la general atencion por el distinguido puesto que se le habia destinado. Allí permaneció durante toda la funcion, sin que nadie pudiese esplicarse el motivo de tan estraña preferencia.

Pero pronto desapareció aquel misterio.

Concluida la misa, y en medio de la sorpresa general, uno de los romeros que le acompañaban, puso en sus manos una primorosa bandeja cubierta de luises de oro.

Dirigióse con ella hácia la mesa donde dos caballeros *cambeadores* (1) custodiaban y recogian las ofrendas del Santo Apóstol.

Ambos se levantaron al acercarse el peregrino con tan rica ofrenda.

Este se arrodilló ante una imágen de Santiago colocada sobre aquella mesa, y poniendo á sus piés la pesada bandeja, dijo con sonora voz y pausado acento.—¡En nombre de mi señor Luis XI, rey de Francia, os ofrezco estos quinientos luises de oro, y los sagrados bronces que desde hoy llamarán á vuestro templo á los romeros de todas las naciones católicas!

En aquel instante las campanas de la catedral resonaron majestuosamente sobre Compostela, uniendo sus armonías al solemne cántico de los sacerdotes.

Las palabras del peregrino satisfacieron la curiosidad general y ocasionaron diversos comentarios sobre su magnífica ofrenda.

Concluida la ceremonia, la multitud empezó á removerse para abandonar el templo (2).

La comitiva invitada á la funcion, fue despedida en el pórtico de la Gloria, y el concejo acompañó al prelado hasta la puerta de su palacio.

La muchedumbre, no teniendo ya que observar, se dirigió á sus casas, inundando completamente las calles del tránsito.—Su marcha era apresurada porque apenas quedaba tiempo para prepararse y asistir á las fiestas de la tarde.—

(Se concluirá.)

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

HISTORIA DE UN SOMBRERO VERDE.

(¡ESTABA DE DIOS!)

Yo no sé por qué causa habia llamado mi atencion aquel sombrero.

Preguntad al que prefiere para vivir los barrios altos á los bajos; para pasear el Retiro á la Fuente Castellana ó vice versa; la calle B á la C para volverse á su casa, á pesar de ser la C mucho mas corta y suave; haced por último cuantas preguntas querais á fin de conocer las razones en que cada cual apoya su simpatía hácia cualquier objeto, aun para el de su cariño, y despues de enumeraros, siquiera para dar algun colorido natural al atractivo de sus deseos, infinitas y estupendas cualidades, que se imagina ver en aquel instante, pues que nunca habia pensado en ellas, y las forma á medida de su gusto en el acto de responder de improviso al inesperado ataque que se le dirige, concluye con la verdadera y única definicion del fundamento de sus inclinaciones, con ese *no sé qué* indefinible, caprichoso, vago, pero real, positivo, indestructible que no se puede realizar, pero que se siente y que tampoco es necesario para ser comprendido la aplicacion del método filosófico, porque todo el mundo puede encontrar la solucion consultándose á sí propio.

Pues ahora bien, ninguna afinidad tenia aquel sombrero con mi cabeza, porque era imposible que jamás hubiesen mantenido entre sí estrechas relaciones, ni menos que escitase mi inclinacion *capital* su forma esferoide ó cónica, presumiendo el pícaro de nuestro amor propio, que colocado en la parte superior de mi individuo, derramaria á manos llenas las gracias que natura le habia negado, reservándolas sin duda para mejor ocasion.

Conozco tan bien como cualquiera, que un sombrero no tiene manos, pero tampoco las veo en la *naturaleza*, y á pesar de eso no deja de colocárselas á cada paso quien á cuento le viene. Si se pretende justificar esta figura retórica, tomando la parte hombre, que tiene manos, por el todo naturaleza, que carece de ellas, tambien queda justificada la mia, pues el sombrero es igualmente *parte* de la naturaleza *todo*, y si aquel no tiene manos, no le faltan á este alas, que viene á ser lo mismo para el caso.

El único lunar que pudiera indicarme el mas severo crítico, se reduce á un simple *lapsus calami*: haber escrito á *manos llenas* en lugar de *con alas llenas*. Pues por eso no haya polémica; sin pasar adelante, hago en el acto el de mi contricion, confieso mis pecados y escribo:

Errata.

Línea tantas, donde dice *manos*, léase *alas*.

Y punto concluido.

Ahora, señor crítico, con vuestro beneplácito, vuelvo á tomar el hilo de mi narracion.

Quedábamos en que ningun antecedente *personal*, es decir, con referencia á mi individuo, podia existir entre el sombrero y yo para que escitase mi atencion de una manera tan pronunciada, como se dice desde el año de 1840 y la razon es muy sencilla.

Aquel sombrero era de mujer.

Y sin embargo, me atraia como al acero el íman, como el dinero al corazon humano; cada vez que pasaba por su lado, sentia una emocion, un afecto, un deseo, un *no sé qué* por semejante prenda, espontáneo, irresistible, inmenso.

Al llegar á la calle en que se encontraba este simpático sombrero, y á medida que me iba acercando á la prendería donde se ostentaba lleno de polvo y telarañas sobre la cabeza de un San Antonio de Padua, agitábase mi corazon y sus latidos eran tan fuertes, que necesitaba comprimirlos llevando entrambas manos al pecho.

Divisábalo, en fin, é involuntariamente acortaba mi marcha; fijábanse mis ojos en sus descoloridas cintas, en sus marchitas flores y en su raso verde que empezaba á blanquear por algunas partes, y la mas profunda tristeza sucedia á la agitacion de mi espíritu; el corazon dejaba de latir con su anterior violencia para henchirse de la mas tétrica amargura. Continuaba no obstante mi camino pero meditabundo, preocupado, combatido por sombrías y dolorosas reflexiones. Un pensamiento que nacia en lo interior de mi alma mostrábame en aquel viejo y estropeado sombrero una série de calamidades, una historia terrible, siniestra, repugnante, uno de esos frecuentes episodios que corren en la sociedad de boca en boca para *matar el tiempo* y que son referidos al amor de una confortable chimenea, como dicen nuestros vecinos de allende, entre el ruido de las tazas del café, despues de una suculenta comida ó en los intermedios de algun brillante espectáculo.

En los bailes, en los festines y bacanales, jamás se cuentan semejantes noticias; las intrigas que cada cual trae entre manos no le permiten ocuparse de otra cosa, y aun cuando las recordase, ¿quién se atreveria á deslizar una flor marchita en el deslumbrante *bouquet* de las heroínas de aquel drama?

Y sin embargo, estas historias, estos episodios, estas *gacetillas*, cuya trama no se profundiza porque nuestro egoismo teme penetrar mas allá de lo que á primera vista aparece, y se satisface con los resultados de bulto que presentan para distraer la atencion unos cuantos segundos, estas historias, episodios y gacetillas, están escritas con las lágrimas del corazon y con la sangre del martirio.

—*Ayer á las diez de la mañana se arrojó un hombre por el balcon de un tercer piso*, dice un periódico en su crónica de la capital, y añade seguidamente: *se presume que padecia algunos accesos de enagenacion mental.*

Ya está justificado el hecho de cualquier modo, exacto ó no, poco importa; nadie se cuidará de averiguarlo; lo esencial es darle un colorido y se toma de la primera tinta que hallamos á mano.

—*Anoche se encontró una mujer medio muerta en la calle y la trasladaron al hospital: tal vez el amor á Baco la condujo á este estremo.*

—*En la calle de tal, fue necesario que la policía derribase la puerta de la habitacion, porque sus moradores no dieron en todo el dia señales de existencia y hallaron el cadáver de un anciano: sin duda algun aplanamiento cerebral produjo aquella muerte instantánea*, etc., etc.

La narracion de estos sucesos, sólo puede tener lugar, segun he dicho, entre las personas que necesitan *matar el tiempo* de cualquier suerte; la investigacion de los motivos que ocasionaron los sucesos, no tiene lugar nunca; los efectos producen en cierto modo alguna distraccion y pueden admitirse mezclados con los placeres de la vida, para templar un tanto su insipidez; las causas solo deben ofrecer disgusto, tristeza y repugnancia; pueden ademas resentir nuestros intereses, aliviando ciertas necesidades, móviles de los efectos, sino por voluntad propia, siquiera por el qué dirán de las gentes, y conviene absolutamente olvidarlas: sobre todo, porque haríamos de otro modo un bien de caridad, y la caridad bien ordenada empieza por uno mismo y uno mismo se perjudica si toma parte en la desgracia agena, aun que tenga elementos para remediarla. ¡Qué diablo! ¿Quién nos mete á redentores? Nadie tiene demás en este mundo, y los recursos están en relacion con las necesidades... ¡Si fuésemos á socorrer á todos los necesitados! . . . . . .

Vuelvo á mi sombrero de mujer.

Y en verdad, que continuaba enteramente abismado en los pensamientos que surgian de mi cerebro á la vista de aquel adorno femenil, todo el camino que necesitaba recorrer para llegar á..... ese paraje á donde iba diariamente y que no te importa saber, lector amigo; tampoco me lo preguntas, ya lo veo, pero tampoco te lo digo y váyase lo otro por lo uno, que viene aquí mejor que lo uno por lo otro, y adivina este por qué.

Sacábame de mis reflexiones el ejercicio de mi diaria ocupacion, al que sucedian otra multitud de circunstancias, que cada cual puede juzgar por sí propio recordando las diferentes situaciones por donde atraviesa el hombre en el trascurso del dia; y con esto habré dicho mas que si escribiera un capítulo entero; hasta que á la mañana siguiente y al mirar de nuevo la prendería, tornaba á esperimentar las mismas sensaciones: siempre igual presentimiento y siempre el sombrero en el mismo sitio, tapando la cabeza de San Antonio. Nadie compraba el sombrero, ni el santo.

Dos meses hacia que tres manifestaciones de la naturaleza y de las artes (fenómenos en el lenguaje filosófico) se encontraban todas las mañanas, á una misma hora y en idéntico paraje: el sombrero, la efigie de San Anton y yo. Habia otra multitud de objetos en el establecimiento universal, mas para mí no existian sino los dos que he nombrado, y aun uno de ellos solamente por las relaciones tan íntimas que conservaba con el otro, como que lo tenia en la cabeza.

Tanto fue creciendo mi aficion por el sombrero, que un dia me decidí á comprarlo, aunque esta idea no era espontánea; ocurrióseme desde el principio, pero no me atreví á ponerla en práctica.

Un resto de preocupacion me lo vedaba: entonces aun tenia preocupaciones; si al entrar en ajuste con el prendero, me observaba algun conocido que acertase á pasar por aquel sitio, ¿qué diria de mí? ¡Yo, comprando muy puesto de levita, un viejo sombrero de mujer, en una prendería! Hasta llegaba muchas veces á imponerme el dueño del establecimiento con quien era preciso efectuar el trato. ¿No tendria razon para reirse de mi embajada? Ademas ¿qué iba yo á hacer con aquel sombrero? ¿me representaba algun objeto querido? ¿aquello tenia el menor recuerdo para mí?

A pesar de estas lógicas deducciones que daban por resultado la absoluta inutilidad de aquel mueble, para que desease su adquisicion, mi ansiedad aumentaba de dia en dia en términos de que como llevo dicho, me decidí á comprarlo.

No hay duda que era raro, estremadamente raro lo que me sucedia. ¿Podia encontrarse algun motivo justificado que impulsase este fenómeno? Si señor, el no *se que* de las afecciones en general y era lo bastante.

Una mañana entré resuelto en la prendería; pero al ir á preguntar el valor del sombrero, amortiguóse la voz en mis labios... y pregunté el del San Antonio.

—Dos napoleones, me contestó secamente la propietaria.

—Me conformo, repliqué con mas alientos, siempre que se me entregue en el estado en que se encuentra.

—Ya se ve que sí, dijo la mujer sin advertir la emboscada.

—En ese caso, tome usted una moneda de las dos que me ha pedido, y recibirá la otra en mi casa, cuando me haga la entrega del santo, pero cuidado que el ajuste se ha hecho...

—Sin *cuidiaos* puede su merced vivir en el mundo, que no me *quearé* con *dengun peazo*: Tomasa, agarra el plumero y déjame el San Anton mas limpio que nuestra *conciencia*; pon el gorro en el candelero.

—Si se toca al santo en lo mas mínimo, le interrumpí al momento, falta usted á lo estipulado.

—¡Aguarda! ¿Querria quizás su merced arramblar con la papalina?

—Lo ajusté tal como se halla.

—¡Ya me comí la partia! el juego no es del tó limpio que digamos, pero vaya con Dios... y buena pró le haga el tal gorro; así como así, ¡*pa* los marchantes que ha *sacao*! En de que se *mercó*, su merced es la única *presona* que le ha *echao* el ojo encima, y para eso se lo quiere llevar de *momio*. No *güelvo* á mercar mas merina pues por el estilo, ¡aunque supiera!... es verdad que de mi *mario* fue la culpa, ya se ve, lo trajo una niña, y como las de sus ojos son tan alegres, al momento se *jizo* el *nigosio*... pero ya me tenia bien *tragao* que la ganancia nuestra no sería la del otro jueves, ni con mucho.

De intento dejaba que continuase aquella mujer la gerigonza de los barrios bajos de Andalucía, porque cuanto tenia relacion con el sombrero me interesaba vivamente, y luego la niña que lo habia llevado á vender escitaba mi curiosidad, ardiendo en deseos de conocerla: pero mis esfuerzos para aclarar este asunto, fueron completamente inútiles; la prendera charló media hora seguida sin prestarme la luz que yo buscaba. Por último, San Antonio fue trasladado á mi habitacion, con su sombrero de raso verde.

Mi capricho estaba satisfecho: ya era poseedor de aquel sombrero que tanto habia hecho palpitar mi corazon; de allí en adelante podia verlo á todas horas sin temor de que nadie se mofase de mi interés.

Al entrar en mi cuarto, lo tomé con cariño pasando en seguida una revista escrupulosa á todos sus detalles, guiado por un poderoso instinto. El corazon no me engañaba.

Entre el forro de seda interior, encontré unos papeles doblados. Con la ansiedad con que se arroja el hambriento sobre el pedazo de pan que le presen an, desarrollé las plegadas hojas, y devoré su contenido.

(Se concluirá.)

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

---

(1) Constituian esta Orden los mas nobles caballeros de aquella época.—Su principal obligacion era cambiar las diferentes monedas de los peregrinos.—

(2) Mis lectores no deben estrañar que en aquella solemnidad no se presentase el comisionado del rey de España á ofrecer al Santo Apóstol los mil escudos de oro que le tributa todos los años.—Esta ofrenda tiene su origen en el reinado de Felipe IV, cuyo monarca la instituyó en reconocimiento del divino patronato que el apostol Santiago dispensó siempre á las huestes españolas.

OBRAS COMPLETAS DE LAMARTINE.

ILUSTRADAS CON PROFUSION DE PRECIOSAS LÁMINAS SUELTAS.

MUESTRA DE LAS LÁMINAS.—CADÁVERES DE LOS GIRONDINOS BUZOT Y PETION, HALLADOS EN UN CAMPO.

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

Vamos á dar principio á la coleccion de las obras completas de este insigne autor.

Las obras de Chateaubriand publicadas han sido recibidas con estraordinario aplauso por los numerosos suscritores de la *Biblioteca* y de ellas se han vendido un número inmenso de ejemplares, así por el mérito del brillante autor del *Genio del Cristianismo* y de los *Mártires*, como por las condiciones de belleza en la edicion y sin igual baratura en el precio.

Ahora bien, si estimado es del público español Chateaubriand, autor que enlaza la generacion pasada con la presente, aun bajo ciertos conceptos lo es en mayor grado Lamartine, escritor enteramente contemporáneo, que comprende, siente y esplica las necesidades, las ideas de la época, que en sus *Meditaciones*, en sus *Leyendas*, en sus *Viajes*, en sus *Historias*, ha sabido derramar raudales de poesía y revestir los sucesos de los brillantes colores de su imaginacion.

MUESTRA DE LAS LÁMINAS.—LOS GIRONDINOS REFUGIADOS EN LOS BOSQUES.

Se dará principio á la coleccion con la *Historia de los Girondinos*, la mas popular de sus obras en que ha pintado como ningun otro escritor pudiera hacerlo los hechos ya sublimes, ya heróicos, ya sangrientos, ya horribles, siempre portentosos de la revolucion francesa.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.—La *Historia de los Girondinos* constará de 30 á 40 entregas, cada una de 16 páginas de dos columnas, y una preciosa lámina suelta de lo mejor que se habrá visto en este género, y cuyos asuntos están grabados espresamente para esta edicion. Al final de la obra se dará una bonita cubierta para la encuadernacion.

Concluida que sea la *Historia de los Girondinos*, los suscritores observarán que su baratura iguala á la que han tenido las demás obras de la *Biblioteca*; con la cual hasta ahora no ha sido posible la competencia en esta materia. Las ediciones que de esta obra se han hecho sin láminas, cuestan mas del doble de lo que hoy ofrecemos al público con láminas magníficas.

Cada semana se repartirá por lo menos una entrega. El precio de cada una, será un real en Madrid, y real y medio en provincias.

La primera entrega se repartirá el 25 de este mes.—Se suscribe en los mismos puntos que al *Museo Universal*.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.